

lizado junto a Beatriz Palacios, un film-documento rodado en Bolivia y montado y/o actualizado en sus reiterados exilios y regresos.

Perú

En 1954, Perú sólo contaba sólo con 243 salas cinematográficas para sus nueve millones de habitantes². En tres décadas, la población casi se ha triplicado, pero no así la disponibilidad de salas de cine, cuyo aumento no ha sido demasiado apreciable, ante el auge del video y la televisión. Esfuerzos esporádicos y algunas empresas fáciles, no consiguieron afirmar una producción estable, en comparación con las industrias más desarrolladas de Argentina, México y Brasil. La primera película rodada en Perú, *Los centauros peruanos* es bastante tardía (1911) y sólo en 1927 se realiza el primer largometraje de ficción, *Luis Pardo*, de Enrique Cornejo Villanueva. También es tardía la aparición de films sonoros: en 1934 Alberto Santana dirige *Resaca*, pero aún utiliza el primitivo sistema de discos; en 1935, Sigifredo Salas realiza *Buscando Olvido*, primer film con sonido óptico, con la ayuda técnica del argentino Francisco Diumenjo.

Entre 1937 y 1940 hubo un crecimiento notable de la producción (en general comedias, con folklore y música, de bajo coste) hasta llegar a 22 títulos, pero durante la segunda guerra mundial, Estados Unidos interrumpió el suministro de película virgen y la producción cesó completamente, salvo en algunos noticiarios, entre 1943 y 1955: apenas se consigna un film, *La lunajera*, de Bernardo Rocce Rey, en 1945 y algunas mediocres comedias cómicas, restos del auge anterior basado en intérpretes populares de la radio.

El primer esfuerzo «diferente» se inició con la llamada «Escuela de Cuzco» (así la denominó Georges Sadoul), nacida del movimiento iniciado en 1955 con la fundación del Cine Club de la ciudad. Éste no se limitó a difundir la cultura cinematográfica, sino que inició una producción de films, en principio cortos documentales. Sus iniciadores, Manuel Chambi y Luis Figueroa, se inclinaron a reflejar el arte popular, la vida cotidiana y las costumbres y leyendas indígenas. Hay que señalar que Perú, como Bolivia, posee un altísimo porcentaje de población india (puro o sin mezcla y mestizos) que se siente heredero de la civilización incaica. Este grupo, al que también pertenecía Jorge Huaco, fundó un movimiento de reivindicación para revivir y apoyar la cultura precolombina. Entre 1956 y 1965 se rodaron numerosos cortos documentales y varios largometrajes hablados en las lenguas vernáculas: quechua y aymara. El primer largo en color, *Kukuli* (1960) de Luis Figueroa, Eulogio Nishiyama y César Villanueva, revive, a partir de una leyenda india, las costumbres, las ceremonias religiosas y las fiestas de las antiguas etnias.

En general, y a la inversa de la visión crítica y actual de Sanjinés y Eguino, los realizadores del grupo cuzqueño acentuaron el documentalismo tradicional y un estatismo folklórico.

² Según Georges Sadoul en su clásica *Histoire du cinéma mondial*, editada en 1972. Actualmente, la población es de más de 20 millones. Las salas también aumentaron, pero no en la misma proporción.

Años más tarde, nuevas generaciones de jóvenes cineastas, —la mayoría de ellos reunidos en la revista *Hablemos de Cine*, los cineclubes y las universidades— van sumando cortometrajes de temas y estéticas diversos, pero más abiertos a una exploración crítica del lenguaje fílmico. Mario Acha, Juan A. Caycho, Fernando Gagliuffu, Nelson García, Juan Bullita, José Carlos Huayhuaca, Luis Llosa, José A. Portugal, entre ellos. El abanico se extiende entre los aficionados al cine experimental y los folkloristas tradicionales.

En 1965 se crea la Cinemateca Universitaria, que también estimula la información y cultura cinematográficas. Una ley de protección y fomento, promulgada en 1973 por el gobierno militar de Velazco Alvarado (de una peculiar tendencia de izquierda nacionalista) acrecentó la producción y desarrollo (Ley 19.327) las realizaciones de cortometrajes, que alcanzaron un llamativo auge.

Durante años, el cineasta peruano más conocido fuera de las fronteras fue Armando Robles Godoy, gracias a los festivales internacionales; comenzó en 1965 con *En la selva no hay estrellas* (luego de un documental para el gobierno sobre política agraria), a los que siguieron *La muralla verde* (1969) y *Espejismo* (1973), donde intentó aliar una sensibilidad narrativa moderna con elementos realistas y mágicos. Bastante desigual, tiene el mérito de haber intentado un acercamiento a ciertas realidades con una exploración de la ficción narrativa menos convencional.

Con la ley de fomento aumentó la producción de largos y cortos, empezando a crearse una base de industria, aunque adaptada a los gustos de una comisión calificadora que no estimulaba los temas demasiado urticantes. La censura aumentó a partir del golpe militar interno de 1975 y se atenuó con el gobierno civil surgido de elecciones en 1980.

El veterano Luis Figueroa pudo tratar un tema que apenas había surgido en la escuela de Cuzco, la situación del indio, a través de una famosa novela de Ciro Alegria, *Los perros hambrientos*, que adaptó en 1976. Poco después, Francisco Lombardi realizó *Muerte al amanecer* (1977), sobre la condena a muerte que le espera a un delincuente que viola y asesina a un niño. Otra figura que consolida su actividad en esta etapa es Federico García, con *Kuntur Wachana (Donde nacen los cóndores)* (1977), donde se narran las tensiones sociales entre el campesinado indígena y los latifundistas. Posteriormente García realizó *Laulico* (1979) y *El caso Huayanay* (1981), en la misma línea indigenista y de crítica social. García trabajó con la ayuda de los propios sindicatos campesinos. Más tarde, intentó un cine histórico en *Tupac Amaru* (1983) con el mismo sentido crítico de sus primeras obras, pero con cierto esquematismo.

Francisco Lombardi, por su parte, consolidó un cine de crítica social con elementos de violencia y tensión dramática apoyados en una considerable destreza formal, que obtuvo, por primera vez, un éxito comercial. *Muerte de un magnate* (1980), *Maruja en el infierno* (1983) y sobre todo *La ciudad y los perros* (1985) basada en la conocida novela de Vargas Llosa, lo han convertido en el cineasta peruano de más éxito, en una modalidad que algunos han definido como un cine comercial de calidad... Quizá porque combina sagazmente su crítica interna con un atractivo estilo de ficción.

Estos tres cineastas, como algunos otros en actividad (el interesante experimento de José Carlos Huayhuaca utilizando el video en *La pensión*) demuestran que en Perú hay

cineastas con talento e inquietudes; falta sin duda —y eso es lo difícil— crear una infraestructura de producción menos vulnerable y menos proclive al éxito superficial.

Colombia

Grandes riquezas naturales, extensión y bellezas folklóricas, no ocultan en Colombia los problemas no resueltos del subdesarrollo y la miseria. Todo esto, unido a la violencia secular capitalizada por fuerzas casi feudales, encarnadas alternativamente por los dos partidos tradicionales, Liberal y Conservador, que reparten las matanzas de campesinos y grupos revolucionarios, desde sectores del caciquismo, las fuerzas armadas y el poderoso narcotráfico, que insemina todos los sectores de poder.

Estos avatares, aún candentes, no han proporcionado ni la paz ni la estabilidad necesarias para engendrar un campo propicio al desarrollo del cine, entre otras actividades más o menos culturales. Como en todas partes, las imágenes animadas llegaron en fecha temprana, de la mano de un aparato Vitascope de Edison, en 1897. Durante muchos años, las esporádicas películas rodadas en Colombia fueron hechas por extranjeros; las primeras imágenes fueron filmadas por un francés en 1905. Dos italianos, Francisco y Vicente Di Doménico, fundaron una distribuidora para importar films a principios de 1909 y ellos también fueron los autores de la primera película de importancia: *El drama del 15 de octubre*, en 1915. Trataba (ya) de un asesinato político, el atentado contra un jefe del partido liberal, el general Uribe.

La actividad no fue muy intensa ni se conoce con datos fehacientes, aunque según algunos autores se hicieron entre 1921 y 1929 algo menos de una docena de largometrajes argumentales. Tampoco fue muy numerosa ni recordable la producción sonora en su primera época, huérfana de recursos técnicos. Sin mucha seguridad, se supone que la primera película sonorizada recién llegó en 1937 y hubo de ser uno de los films de actualidades producidos por los hermanos Acevedo, que se dedicaban a esa actividad desde muchos años atrás. La primera película argumental sonora data de 1941, dirigida por el español Máximo Calvo.

La situación no progresó en los años siguientes, en los cuales se realizaron sólo 13 largometrajes argumentales entre 1940 y 1960.

Pero en la década de los 60, la situación comenzó a cambiar lentamente. Algunos cineastas, en Europa o Estados Unidos (Francisco Norden, por ejemplo, director de *Cóndores no entierran todos los días*, estudia en el IDHEC de París) siguen cursos de perfeccionamiento técnico, lo cual mejora la factura de sus films. Asimismo, el terreno de la cultura cinematográfica se abona con la aparición de cineclubes y cinematecas, como la Distrital de Bogotá.

En el terreno del documental y el cortometraje, hasta entonces oscilante entre el folclorismo y la belleza turística, algunos acceden al tema testimonial, político y militante. Por ejemplo, el citado Norden, autor de una bella pero meramente descriptiva, *Los balcones de Cartagena* (1966), rueda en 1974 un largometraje, también documental, sobre el cura Camilo Torres (*Camilo Torres el guerrillero*).

El clima de violencia política creciente en Colombia suscita nuevas inclinaciones hacia el cine militante y Carlos Álvarez, antiguo crítico, ejemplifica esta tendencia con